

POEMAS

NIEBLA

A los hermanos Bedia.

Quise coger la niebla
—ángel de telaraña—
como si fuese un ramo
de flores apagadas.

Alcé los brazos sobre
unas supuestas albas.

Quise la nueva luz
y la nueva palabra.

Y sólo conseguía
ver mis manos mojadas,

hechas pájaros tristes
deshojadas en agua.

Quería coger nieblas...
Eran nubes cansadas
de volar que en la tierra
vertían sus nostalgias.

Como yo cuando vengo
de mi trabajo al alma
y me noto en la sangre
suelo de una mañana.

SUBIENDO A LA MONTAÑA

Cuántas veces yo me digo
agarrándome del pecho
que tengo un algo deshecho
y me pego y me maldigo.

Y cuántas veces mi lecho,
de tierra me llama amigo
y yo a la tierra bendigo
que tiene el cielo por techo.

Y cuántas veces consigo
lo que en el alma sospecho:
dolor de mundo. Y cosecho
hombre de penas conmigo.

Jesús DELGADO VALHONDO

RECUERDOS DE

BAROJA Y SU VIAJE POR EXTREMADURA

I

AÑOS INFANTILES:

Cs Pío Baroja el novelista de la generación del noventa y ocho —quisiéralo o no—, el novelista más lleno y más fecundo que siguiera a Galdós. Su obra tiene la infinitud balsaciana de Honorato: atrabiliario, descarado, rebelde; una especie humana de anarquista conservador, en teoría, o un conservador anárquico. ¡Vaya Vd. a saber! Para nosotros, un magnífico ejemplar de escritor español.

Su fama iniciase con este siglo, aunque naciera el XIX. Es hábil en las narraciones cortas como «Vidas sombrías» e «Idilios Vascos» dramático, melancólico en «La casa de Aizgorri», ingenioso humorista en «Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox». Tenía el complejo natural de su superioridad y era, como uno de esos porta-aviones de los E. E. U. U. cargados de ideas y de sentimientos, que navegaba como un gran señor por todos los mares, con indiferencia y hastío. De su cerebro salían despedidas sus novelas al estilo de los aparatos lanzados desde cubierta con catapulta e iban certeras a herir la curiosidad del lector.

Desde joven me interesaron sus novelas ¡me las bebía! Después amainó aquella saciedad imberbe, aunque no dejé nunca de saborearlas y recordarlas. Cada tiempo humano, tiene su clase preferida de lecturas. Sabido es que Baroja era guipuzcoano, de la raya francesa y tenía algo de navarro—él decía de lombardo—vivió en Pamplona. El origen de los míos es también vasco. Mi madre apellidábase Otaño Sarasola y, yo, me crié y estudié, hasta los trece años, con los maristas de San Sebastián; chapurreaba el vascuence y el francés. Todavía recuerdo algo: «Aita» «Ama», «Nescacha pollitá» (muchacha bonita). La noche de reyes salían los niños vestidos de pasiegos, llevando en andas al niño Jesús y en el portal de las casas cantaban:

«Erreguiatatos, Erriguiatos
Brechan barrená, Brechan barrená

Upilla de sagu, Upilla de sagu
Jesús belená, Jesús belená».

.....
.....

Tal vez por todo ello me gustaba la música de Usandizaga y las descripciones de tipos y paisajes, en las novelas vascas de Baroja. Pasé temporadas de niño, con mis padres, en Enderlaza. Mi única hermana, Esperanza nació en Irún y, más tarde, hice como que estudiaba el tercer año de bachillerato en Pamplona, donde se despertaron mis deseos de libertad y mis aficiones de lector de novela como «Los Mosqueteros» y las obras completas de Julio Verne.

Me apasioné después, con la serie barojiana de Tierra vasca. «Zalacaín el Aventurero», es una de las mejores obras, para mi gusto, inspirada en el tema de la última guerra carlista. Mi madre pasó la guerra carlista en Estella, donde nació, donde nacieron los dos—La Corte de Don Carlos—y me hablaba de la figura arrogante del rey Don Carlos, a caballo, seguido de su Estado Mayor. Quejábame mi madre de los sufrimientos familiares pasados y de cómo a unas estellicas, jóvenes conocidas suyas, les habían cortado el pelo los carlistas por lenguaronas.

Baroja conservaba desde muchacho, sus aficiones andariegas. En el norte de España se pasea más por las carreteras, y la gente joven y madura, es aficionada a merendar en las afueras; hay más movimiento. En Zalacaín se traza un personaje lleno de vitalidad, ágil y simpático. «Tierno y cordial es por otra parte, la atracción de Baroja por lo nórdico en esta novela». Le siguen «La Casa de Aizgorri» y el «Mayorazgo de Labraz» (1926). Otra serie es la trilogía de «El gran torbellino del mundo», «Las veleidades de la Fortuna» y «Los amores tardíos». Las tres las subtitula: «Agonías de nuestro tiempo».

Conservaba Pío Baroja, según me sucede a mí, recuerdos de sus mocedades en Navarra. Durante su estancia en Pamplona, en los últimos años del XIX, en el tercer curso, en el Instituto hacíamos rabona con frecuencia—sobre todo los días de sol—y merodeábamos por las murallas cogiendo lagartijas para echarlas en clase, y por la tarde, luchando a pedradas, disparadas con ondas, contra los muchachos de los suburbios, de la Rochapea. En aquellos verdaderos combates llegábamos al cuerpo a cuerpo en los alrededores del paseo de la Taconera. Yo llevaba en la cintura, escondida, una lima de carpintero. Una tarde, al oscurecer, dió varias cargas la Guardia Civil a caballo acosándonos como guerrilleros por la calle Mayor ¡Cómo serían aquellas refriegas!

Hemos supuesto que el temperamento de Don Pío Baroja responde a las mismas características de cuantos escritores formaban el equipo del noventa y ocho, donde la crítica más severa contra los vicios españoles surgía a la superficie en acentos desesperados y trágicos. Aunque en el fondo, Baroja era un modesto burgués apegado a sus lecturas científicas o literarias, a su profesión o a su panadería.

preso ya en las redes periodísticas y atado a la galera de su pluma, incansable, para producir artículos o novelas. Es decir, era lo contrario de un hombre de acción. Si se mueve y apetece viajar, sólo o con algún amigo, por tierras de España o del Extranjero, es tan sólo para observar tipos y paisajes, que después utilizaba para componer sus obras. Sucedió un hecho criminal, insólito, como el atentado al Rey Alfonso XIII en su boda por el anarquista Morral y lo llevaba a «La dama errante», valiéndose de la excursión que hiciera con su hermano y otro compañero, describiendo los tipos que conociera durante su viaje a los pueblos de la alta Extremadura para llevarlos a su nonata novela de la que nos ocuparemos al final.

Todavía su devoto amigo, de última hora, el novelista americano y premio Nobel, Ernesto Hemingway cuenta en sus libros su vida atrabiliaria y aventurera. Ernesto se trasladaba a los distintos campos de guerra—donde hubiera acción y tragedia para participar en ella—hasta ciertos límites o al menos vivir sus emociones en la retaguardia y llevarlas luego a la correspondiente novela con un cinismo despampanante, como lo hace en «Tocan las campanas», de nuestra cruzada, desde los Altos del Guadarrama, donde tomó apuntes de una inmundicia atormentada, dejando, en castellano, las frases más soeces de la plebe para satisfacer el paladar de extranjeros aficionados a esta literatura naturalista y brutal. Así pasó en el mar cuarenta y ocho horas luchando con un pez para decirlo, esta vez maravillosamente, en su novela.

Pío Baroja no se mueve de su domicilio madrileño para contarlos en rápidas visiones vivas, andariegas de trotamundos y despistados o las hazañas de las guerras carlistas o sublevaciones, cuyos apuntes tomaba tranquilamente al calor de la estufa, en los libros de historia, memorias o pliegos de cordel. Lo asombroso es la colmena humana barojiana de vagos, trashumantes, andarríos y demás pícaros que van y vienen, casi siempre, sin causa justificada; aparecen y se ocultan sin sentido. Sus novelas nos producían inquietud, nos uncían a este movimiento de idas y venidas, entreverado de disquisiciones, de viajes, haciéndonos soñar con lejanías imposibles, encasillados a la celda familiar.

II

BAROJA Y EL PADRE ELIZALDE

Publica este culto jesuíta en «Razón y Fe» un brillante estudio crítico acerca de la obra de Pío Baroja: «este vasco genial», como él le llama. Lo califica de autodidacta asegurando que cuantos han sobresalido en una ciencia o en un arte, han aprendido sin maestro. En ocho volúmenes de más de mil trescientas páginas cada uno, señala el investigador católico y afirma que Baroja—su obra novelística—es un mundo como Tolstoy, Balzac o Dostoiewsky.

En España y seguramente en los demás países, abundan los curiosos de la literatura que hostigan—muchos de memoria—a escritores que, en materia política o religiosa, son enemigos, aún a sabien-

das de su maestría poética o novelística. Escépticos o libre-pensadores atacan a los literatos católicos, aún habiendo alcanzado por sus meritisimas obras un prestigio nacional. Recuerdo cómo llevaban en volandas a los mítines republicanos a Don Benito Pérez Galdós, la mayoría sin importarles ni conocer su obra literaria, tan sólo para lucir su nombre.

Más poderosa, el arma del silencio se esgrime, también, sin respeto a los valores consagrados y en beneficio de otros intereses. El silencio es deletéreo. En lo individual sucede algo parecido. Se consideró siempre falta de cortesía dejar incontestadas las cartas y ahora, cuando solicitan de nosotros un asunto importante, si nos conviene damos la callada por respuesta.

El padre Elizalde considera que Baroja aporta como enriquecimiento de la novela española el predominio de una acción constante que recuerda a la novela picaresca o al folletín del Siglo XIX. Asegura que Ortega y Gasset ha hecho la crítica más inteligente que se ha escrito sobre el novelista que puso de relieve el tema del vago barojiano «El Trotamundos», en una sociedad como la española de una estabilidad plúmbea y una monotonía aldeana—dice Elizalde—será el prototipo barojiano protagonista de sus novelas más representativas. «Las novelas de Baroja, son una gran exposición de fracasados vitales, de vidas despilfarradas».

Al seguir el tema de vagabundaje «de ese libertarse de las cosas huyendo de ellas, Don Pío encontró un nuevo matiz de grado superior: la vida dinámica, inquieta, el aventurero». El padre Elizalde adivina la causa de esta acción sin finalidad, en el disgusto que siente Baroja del medio en que habita, en una inadaptación social. «Su actitud implica una crítica de la sociedad en que se mueve y de la cual huye. En parte, por el sentimiento instintivo de afirmar y sostener su individualidad, su independencia, en parte por reacción contra todo lo duro, injusto y cruel que hay en la sociedad. De ahí el sentido principal de la acción: criticar, atacar y destruir las conveniencias, valores e instituciones sociales». El padre jesuita subraya con esta reflexión la tónica espiritual que distingue a los elementos intelectuales de la generación noveochocentista a la que, según dijimos al comenzar, consideramos adscrito al escritor Baroja.

Nuestro jesuita señala con acierto la carencia de tipos femeninos en la novelística barojiana, fuera de algunas figuras de mujer, como Clementina, la de «Las tragedias grotescas», Laura la de «Camino de perfección», Micaela la de «El Mayorazgo de Labraz». Don Pío Baroja en materia de amores y de mujeres, era un tímido. Pocos noviazgos se le conocen, jamás salió de las faldas de su madre; soltero, enemigo de juergas, amoríos y chicleos; solitario. Tiene, sin embargo, en sus «Memorias» una escena amorosa en París, de una delicadeza honda y sensitiva, de una espiritualidad romántica, entrañable. Tal vez habituados a su paladar desabrido, nos seduce este idilio fugitivo y romántico, que aflora las más profundas intimidades de un hombre muy maduro que en la soledad bulliciosa de un café parisiense, tiene por descontado que no acudirá a verlo—una



ALBUM EXTREMEÑO.—Camarín del Monasterio de Guadalupe.—Presentación de la Virgen al Templo, por Lucas Jordán. (Foto Mas)

jovencita extranjera encantadora - cuando asoma su figura en la puerta y Baroja se siente emocionadísimo a sus años.

No podemos seguir paso a paso los interesantes capítulos del jesuita dedicados a estudiar la novelística barojiana. Muy curioso es el tema del paisaje en la obra de Don Pío. Sostiene Elizalde, que los paisajes aparecen como fondo, aún inspirados en la realidad, a propósito para subrayar la acción según los tipos y escenas donde se desenvuelven los hechos. A un suceso trágico, le vendrá bien un cielo de tormenta y a una reunión plácida, nubes blancas y arboles encendidos. Claro que la naturaleza que más predomina en sus novelas es la norteña, especialmente el país vasco tan en armonía con la visión campesina de su autor. Conforme en que Gutiérrez Solana ilustraría sus novelas atacadas de tremendismo en sus altercados de mendigos y anormales. También señala Elizalde, como notas dominantes de los escritos de Baroja, el Madrid suburbano, arrabalero, de prostitutas y ladronzuelos.

Y por último, Elizalde trata de estudiar el estilo de la prosa barojiana. Señala en su lenguaje literario las características de claridad y exactitud. «El lenguaje de Pío Baroja—dice—es tan agresivo como el tono. Prescinde de arrumacos y formalidades académicas. Sin embargo, se apropia del lenguaje de los tipos vagabundos y populares». En sus novelas, los hampones y los menestrales hablan su propia lengua, observada y estudiada por Baroja.

Por nuestra parte creemos que el escritor pulía el castellano a pesar de su aparente desaliño gramatical—en sus primeras pruebas, hasta encajar el vestido literario siguiendo un ritmo ligero y corto, que coadyuvaba a despertar el interés del lector. No sabemos ni conocemos sus originales, ni las veces que modificara el texto en diversas correcciones, como lo hiciera por tercera y cuarta vez el angustiado Jlaubert. Será preciso estudiar las características y fundamentos filológicos y estilísticos de la prosa de Baroja, para sentar afirmaciones definitivas sobre este lenguaje literario. «Hay páginas en su obra—dice el padre jesuita—como «Los viejos caballos del tiervo», «Elogio sentimental del acordeón», que podían figurar en una selecta antología y que se aprenden por pura fruición musical, como las poesías de Machado o de Juan Ramón Jiménez». De acuerdo.

Hemos espigado el juicio crítico del padre Ignacio Elizalde sobre la novelística de Baroja, por varios motivos: Primero, por su autoridad en materia literaria y, sobre todo, porque nos satisfacen sus elogios artísticos y el que una persona de su profunda religiosidad, tenga la elegancia espiritual de ensalzar la obra literaria de uno de los maestros de las letras patrias del siglo XIX y XX, sólo comparable a Pérez Galdós o al novelista portugués Eça de Queiroz, aún tratándose de un hombre escéptico en materia religiosa. López Prudencio, de íntimo espíritu religioso, también elogiaba en sus recensiones de «A B C» la literatura barojiana al aparecer una de sus novelas, quejándose del vacío teológico en que se movía Baroja. El autor de «Juventud y egolatría» contestaba respetuosamente agradeciendo la crítica de mi buen amigo.

III

JUICIOS DE SUS CONTEMPORANEOS

Fernando Vela, con motivo de la aparición de «El laberinto de las Sirenas» en la «Revista de Occidente» dice: «El Mediterráneo de «El Laberinto», ha removido todas mis visiones del Cantábrico, de las cuales ya daría buen caudal a «Las inquietudes de Shanti-Andía». A Vela le pasaba, a este respecto, lo mismo que a mí. Y añade: Hay libros como éstos de Baroja que nos conducen a nuestra propia vida» «De esta novela como de otras del mismo autor emana una terrible sensación de misantropía y soledad».

Dice Antonio de Obregón, que Baroja es un gran biógrafo.

Al comentar la salida de «Siluetas románticas o biografías extravagantes» asegura que el autor ha capturado a los treinta y tantos individuos peligrosos pillos, «extravagantes», graciosos, guerrilleros, toreros, bohemios, soldados, patriotas, traidores, aprovechados, cínicos, intrigantes...

Los juicios de Benjamín Jarnés cuya estética era diametralmente opuesta a la de Baroja—aparecen inflexibles: Todos los libros del autor de «Las Noches del Buen Retiro» son ante todo un desfile. Un desfile de anécdotas, de tipos, de individuos. Y añade: «Admiramos la gran familia barojiana, no el gran personaje barojiano». En realidad Pío Baroja, no es un creador, como lo fuera Galdós, de modelos humanos. Para Jarnés, Baroja es un estilizador, no un estilista. En cambio, Benjamín Jarnés se preocupa excesivamente del estilo con perjuicio de la profundidad de sus personajes y de su obra literaria.

Influido, sin duda, por la literatura francesa, Corpus Barga es el juez más extraño de Baroja. Hace un estudio crítico muy detallado aportando estadísticas curiosas del número de capítulos de que se componen «Memorias de un hombre de acción», «Las figuras de Cera»; así como de la cantidad exacta de personajes y del sexo a que pertenecen.

Para Corpus Barga es Baroja, sobre todo, un escritor de costumbres y asegura que se halla dentro de la vena tradicional más ancha de la prosa castellana. «¿Ha habido en la literatura española algún otro costumbrista más vivo, abundante y variado? Pío Baroja es un escritor tradicional».

Lo mejor de la obra de Pío Baroja—según C. Bargas—es autografía. Pío Baroja está muy nutrido intelectualmente. Sabe mucho. Posee una cultura verdadera. «Su desolación ante la vida es tal, que no necesita modificaciones, sino algo a que agarrarse». A mí me parece que su pasión vital fué la literatura, le acompañó y lo sostuvo a lo largo de su vida. Para Corpus Barga, la novela cumbre de Baroja es «Los amores tardíos».

Ortega y Gasset pone el paño al púlpito y define, de una manera tajante, la cualidad humana y literaria de Baroja: «era un hombre libre y puro que no quiso servir a nadie, ni pedir a nadie nada». No

creo que fuese el escritor menos comprendido tal vez por ser el que mayor actividad exige a sus lectores. Más certero es Ortega cuando afirma que la *verdad* del hombre estriba en la correspondencia exacta entre el gesto y el espíritu, en la perfecta adecuación entre lo externo y lo íntimo.

A Ortega y Gasset lo que más le encantaba de Pío Baroja era su independencia social y política, su libertad «Siempre dirá lo que siente y sentirá lo que viva». Tan inasequible a la lisonja como al vituperio. Tampoco nos parece ecuánime este juicio de Ortega. Algunas veces Baroja se extralimitaba en sus opiniones y censura detalles insignificantes; otras veces, desciende a menudencias de escaso gusto enjuiciando mal a personas honorables por motivos fútiles sin importarle nada. Prodigaba impertinencias y dejaba al descubierto su egolatría a pesar de tildarse a sí mismo como «hombre humilde y errante».

En lo que estamos todos de acuerdo, es en que el héroe de Baroja es el vagabundo, «Nada mejor podía hallar para reunir en un sólo individuo sus dos tendencias: la crítica y el aumento dinámico. El vagabundo es una mixtura del pícaro y del idealista».

Para el pulcro y dilecto Azorín el estilo de Baroja es sobrio, escueto, limpio; «Nuestro novelista escribe para decir algo y lo dice de manera más rápida y exacta».

Azorín considera que un hombre de acción, es el que sin moverse de su cuarto es capaz de remover el mundo con sus ideas. «Excitantes y levaduras de la marcha humana: Goethe, Spinoza, Voltaire. En cambio Baroja—según el maestro Azorín—se encuentra hechizado por la *otra acción*, por las idas y venidas, el afanoso tráfafo, las agitaciones populares, las empresas industriales, los largos viajes, aventureros, gentes errátiles, cabecillas, vagabundos, bohemios».

De los críticos de su época uno de los juicios más acertados nos parece el de César Borja. «La novela de Baroja puede compararse a un viaje... Lo importante es el camino en sí y de por sí... Se trata de un camino en extremo pintoresco... A lo largo de él va el novelista saludando y despidiendo personajes... narrando aventuras, discutiendo ideas, teorías y sistemas, haciendo reflexiones, descubriendo paisajes, contando chistosas y extrañas anécdotas e historias de todas clases.

Tal vez los juicios más interesantes sobre la obra de Baroja son los suyos propios, que aparecen en sus novelas y libros doctrinales. Es un entusiasta admirador de Dickens, Balzac, Poe, Dostoievski y últimamente *Stendhal*. Las galas retóricas le parecen adornos de comentario, cosas rancias que huelen a muerto. «La turbulencia, la aspiración ética, el dinamismo, el ansia de posesión de las cosas y de las ideas, el fervor por la acción, el odio por lo inerte y el entusiasmo por el porvenir forman la base de mi temperamento literario».

Pudiéramos recoger también los juicios estéticos de los discípulos sobre su maestro y veríamos cómo la tónica de elogios de sus contemporáneos coinciden con los de actualidad. El fervor hacia la literatura barojiana no ha decaído. Nos limitamos a reproducir al-

gunas impresiones de Camilo José Cela al contestar a las preguntas de un reportero a los pocos días de la muerte de D. Pío Baroja:

«En nuestra literatura, Pío Baroja representa la cumbre de la novela moderna al lado de Galdós—a quien a mi juicio superó en ternura y en capacidad de fabulación y sin nadie detrás».

«Su influencia directa e indirecta sobre los que hemos venido más tarde es tan notoria como beneficiosa».

«En la vida española—tan dada a la fluctuación y a la inconsecuencia—Pío Baroja representa la honestidad».

IV

ALGUNA NOTICIA DE SU VIDA Y DE SUS OBRAS

En la casa n.º 6 de la calle de Oquendo nació en San Sebastián el genial escritor, la víspera de los Santos Inocentes del año 1872. Me llevaba a mí diez años. De niño, pasé infinidad de veces por aquella rua céntrica. Tengo muchos recuerdos míos de aquel tiempo, no de él. Yo vivía frente a la Zurriola en la calle de Alfonso XIII. El paseo se llenaba durante la feria de barracas y tíos-vivos. Allí ví funcionar por primera vez una «montaña rusa». Para ir al Colegio de los Maristas, que estaba en las afueras, cruzaba la plaza de la Constitución y la «Avenida de la Libertad». Recuerdo que en el escaparate de una dulcería me empinaba a mirar con avaricia, caramelos de café con leche en forma de rombos con estrias que alguna vez saboreaba con fruición. Por detrás de la Concha subíamos a Beloca, donde estaba el colegio. Una mañana, al final de la Avenida, me impresionó un terrible incendio; el humo y las llamas cubrían una manzana de casas. Con algún amiguito esperaba al oscurecer el regreso del ómnibus que traía a mi hermana y sus amigas del Colegio del «*Sacre Coeur*». Una de ellas, con su uniforme me gustaba mucho.

También me dejó un recuerdo indeleble un naufragio de invierno. Se desencadenó un temporal furioso en el Cantábrico. Zozobró una de las barcas de pesca y se ahogaron nueve marineros con el patrón. Al domingo siguiente salieron en coche, por las calles, de San Sebastián, las autoridades y las viudas enlutadas, en demanda de caridad. No he olvidado tan triste impresión.

Cuando Pío Baroja tenía siete años, la familia se fué a vivir a Madrid; el padre, era ingeniero de Minas. Pasados tres, marcharon a Pamplona para regresar otra vez a la Corte, donde terminó el bachillerato en el Instituto de San Isidro. Es en 1887 cuando inicia sus estudios en la Facultad de Medicina y se aficiona a las correrías por los suburbios más que a la asistencia a clase. Termina su carrera de Médico en Valencia y cursa el doctorado con su tesis «El dolor. Estudio psicofísico». Al año de ejercer su profesión, en Cestona, renunció al puesto para volver a Madrid.

El caso es que en 1896 aparece en la Corte regentando la panadería de una parienta suya y se acentúan sus aficiones literarias, rodeado de amigos y gentes de letras que se movían al pie de los epígonos de la generación novechocentista. En materia de literatura

según los modernistas las modas de Francia. Menudeaba una pléyade de poetas y aprendices de escritores que, a veces, formaban una legión de pícaros y bohemios de «café con media» y cenas económicas de medianoche en Fornos «Querían ensalzar la literatura»—nos decía Baroja—Ya estaba embalado en aquel ambiente madrileño. Hace vida periodística; viajes a París, toma contacto con las tertulias cafetiles y al comenzar el Siglo XX aparece su novela «*Vidas sombrías*», a la que luego seguirá «*La casa de Aizgorri*». Por aquellos días hace amistad con *Azorín*, que conserva toda su vida.

Pío Baroja va de corresponsal de guerra a Marruecos como Alarcón lo fué de la del 60, con O'Donnell y Prim. Después aparecen «*Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*». En 1804 vió la luz «*Camino de Perfección*» y poco después la trilogía «*La lucha por la vida*».

Con esta actividad novelística y sus escritos literarios más breves, sus viajes al Extranjero y su lectura de autores ingleses y franceses, va creciendo su fama que no se desvanecerá nunca. Aparece el tema del aventurero y no deja historias o papeles donde se cuenten las andanzas de su pariente Avinareta. Compra el caserón de Iztea, en Vera del Bidasoa y lo va convirtiendo en museo, llenándolo de cuadros y cachivaches artísticos. Su rincón familiar, confortable en aquellos veranos de gratuitos recuerdos, donde produce literatura y recibe visita de amigos y admiradores.

Se cuentan muchas anécdotas debido a su carácter llano y franco. En 1935 pasa apuros y preocupaciones pensando en la lectura de su discurso académico, vestido de etiqueta: versó acerca de la «formación psicológica de un escritor». Se conocen sus respectivas andanzas y correrías por España y Francia en 1936. Al año siguiente regresa a Vera y acude a Salamanca a la constitución del Instituto de España.

Al terminar nuestra guerra definitivamente fija su residencia en la Villa y Corte y no descansa en su labor literaria. Llegan ya, año tras año, uno y otro tomo de sus «*Memorias*». Con ellas y las noticias de sus biógrafos y la serie de notas autobiográficas de sus novelas, se puede reconstruir su vida, paso a paso, hasta el día 30 de Octubre de 1956 en que murió el gran novelista español.

La figura entrañable y un poco arisca de este hombre, representa uno de esos tipos humanos que hemos conocido por casualidad y ya no abundan. Han desaparecido del mapa peninsular, aquellos varones de cuerpo entero que admirábamos de jóvenes por su entereza moral, su amor a la verdad y su independencia, capaces de realizar una obra imperecedera, sin arrumacos ni petulancias, sin sometimientos ni limitaciones.

V

«LA DAMA ERRANTE»

No es esta novela de las más interesantes de Baroja; pero la hemos escogido entre todas, para colofón, porque se parece a muchas

reyas; pasan tipos curiosos, anarquistas y errantes; se hacen reflexiones humoristas; se da cuenta en ella de un acto de terrorismo tiene su parte autobiográfica; pero para nosotros y para los lectores extremeños tiene el encanto de que sus personajes viajan por Extremadura como los del «Persiles y Segismunda» de Cervantes. De esta visita por la tierra extremeña no ha llegado a nosotros noticia de que se haya ocupado alguien. Defendemos así la originalidad de nuestra elección de motivos, entre los miles y miles que suscita el mundo barojiano.

Como sabéis, el argumento de «La Dama Errante» es muy sencillo. El Doctor Aracil y su hija María viven en Madrid. El padre es médico de fama; pero hombre descentrado de la sociedad en que se mueve. Es amigo incidentalmente de varios tipos famosos, como Iturriz y el anarquista Brull que atenta contra la vida de los Reyes de España. Es el hecho histórico del anarquista Morral que lanzó una bomba en la calle Mayor al paso de la comitiva de boda del Rey Alfonso XIII y la joven reina Victoria Eugenia. Brull se suicida, pero antes, al verse perseguido, aprovechando su amistad con Aracil busca refugio en su casa. El Doctor y su hija, sintiéndose vigilados y temerosos de complicidad, se ocultan en un lugar de la Corte y simulan su presencia en París para poder salir a caballo de Madrid, camino de la frontera portuguesa.

Las incidencias de este viaje son curiosas y describe Baroja lugares pintorescos como «La Venta del hambre» y la «Ermita de Nuestra Sra. de Chilla» y tipos de los que tanto gustaba Baroja: «La Gila», «El Grillo», «El Musiú»... De cuando en cuando va describiendo el paisaje de la Vera sobre el fondo bravío de la Sierra de Gredos.

Salen de Madrid, camino de Maqueda hasta Oropesa. Luego dejaron la carretera principal y llegaron a Brunete. Aracil y su hija alcanzaron San Martín de Valdeiglesias y se detienen en el ventorro de «San Juan de los Pastores».

Siguen hasta la Ermita de Chilla, donde se alojan y oyen misa para continuar por aquellos parajes hasta Madrigal de la Vera. A losar de la Vera llegaron ya de noche, hospedándose en una posada grande. Muere el caballo de María que se llamaba «Galán» y monta a la grupa de la yegua de su padre para no perder tiempo y llegan a Jarandilla. Atravesaron el pueblo y tomaron el camino de Cuacos.

En este famoso lugar por su proximidad al Monasterio de Yuste dan con el «El Musiú», que los descubre y no los delata aunque sale a recibir al padre y a la hija una pareja de la Guardia Civil, dedicados a dar con un preso que llevaban detenido y se escapó.

Duermen en Cuacos y María y Aracil deciden por la noche un plan de fuga y huyen, con muchas precauciones, hasta llegar a Jaraiz. Ya supondréis que se menciona a la Serrana de la Vera. A poco dan con el río Tiétar y lo pasan cogidos, el doctor a la cola del caballo y María a la cintura de su padre. Mojados, ya de día y a salvo, Pío Baroja da una pincelada de paisaje, «la sierra de Gredos comenzó a aparecer azul, entre nieblas blancas, como una muralla almenada». Acompañados por otros dos personajes, Venancio

y el inglés, bajaron hasta Trujillo y seis horas más tarde entraban en Portugal.

La descripción de esta caminata y de otras muchas le sirvieron de enseñanza a su discípulo Camilo José Cela. Pío Baroja nos confiesa en el prólogo de «La Dama Errante» que utilizó un viaje que hiciera, por estos mismos lugares, con su hermano Ricardo y un amigo para aplicarlo a esta novela. Llevaban los Barojas en un burro, provisiones y una tienda de campaña. Y añada, «los ventorros y paradores del camino son poco más o menos como los descritos por mí con los mismos nombres y la misma clase de gente».

ENRIQUE SEGURA

SUSCRÍBASE USTED

a la *COLECCION DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS*, de la que han aparecido, hasta ahora, los volúmenes siguientes:

- 1.—*Don Gutierre de Sotomayor, Maestro de Alcántara, (1400-1453)*, por Miguel Muñoz de San Pedro.
- 2.—*La vida en Cáceres en los siglos XIII y XVI al XVIII*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 3.—*Desde la lejanía (Poemas)*, por Alfonso Albalá Cortijo.
- 4 y 5.—*Historia del culto y Santuario de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres*, por Miguel A. Orti Belmonte.
- 6.—*Para una interpretación extremeña de Donoso Cortés*, por Francisco Elías de Tejada.
- 7.—*Extremadura y el franciscanismo en el siglo XVI*, por José Luis Cotallo.
- 8.—*Tres escritores extremeños (Micael de Carvalho, José Cascales Muñoz, José López Prudencio)*, por Francisco Elías de Tejada.
- 9.—*Poesías selectas de Angel Marina*, por Fray Enrique Escribano.
- 10.—*Guía Histórico-Artística de Cáceres*, por Antonio C. Floriano Cumbreño.
- 11.—*De Extremadura, Retablo de poesía popular*, por Juan Solano.